

Qué pronto se hizo tarde: Vicente Leñero (1933-2014)

La mañana del día 3 de diciembre 2014 falleció, en la Ciudad de México, el escritor Vicente Leñero, de un cáncer pulmonar que se le había diagnosticado algunos meses anteriores. Tapatío por nacimiento, Leñero se tituló como ingeniero, pero no tardó en darse cuenta que su verdadera vocación era la escritura. A manera de aprender, según él mismo, a “escribir”, ingresó en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García, y de ahí en adelante fue periodista hasta la médula, periodista a lo antiguo, de los que narraban los hechos para revelar y no comentar o distorsionar la verdad. Ante su desaparición, colegas de la profesión hicieron hincapié una y otra vez en la inquebrantable ética y moralidad de Vicente Leñero en un mundo fácilmente corruptible y susceptible a la política sucia de su país; como, por ejemplo, el llamado “golpe a *Excelsior*” en 1976, tramado por el entonces presidente Luis Echeverría, que resultó en que Leñero, con otros 200 colegas, dimitieran sus puestos y se aliaran a Julio Scherer García, quien fue el blanco de esa mala jugada. De este escándalo nace la revista *Proceso*, de la cual fue sub-director Leñero durante los años 1977-1998.

Si del periodismo Leñero aprendió a “escribir”, también descubrió su amor por y capacidad de narrar. Ya para 1958 había de escribir su primer cuento premiado, “La polvareda”, y en 1961 aparece su primera novela, *La voz adolorida* (obra con la cual su autor nunca estuvo satisfecho). Y así se inicia lo que sería una larga, variada y galardonada carrera en las letras. Leñero practicó todos los géneros de escritura (menos la poesía, para la cual confesó que no tenía talento ni inclinación); fue cuentista, novelista, dramaturgo y guionista de cine, con una producción abundante y constante: una docena de novelas, catorce obras de teatro, dieciocho guiones cinematográficos y tres compilaciones de cuentos, entre otros escritos. Al morir, Leñero estaba terminando el tercer volumen de la colección *Gente así* (y *Más gente así*). Un hombre tímido y reacio a la vida pública, Leñero no pudo evitar ésta del todo, por los muchos premios y reconocimientos que recibió, entre ellos: el

Premio Biblioteca Breve de la Editorial Seix Barral (1963) por la novela *Los albañiles* (fue el primer mexicano en ganar este prestigioso premio); la beca Guggenheim en 1967; el Premio Dramaturgia Juan Ruiz de Alarcón (1969) por la versión teatral de *Los albañiles* (ganaría este último premio dos veces más, en 1979 y 1992); el Oso de Plata del Festival de Cine en Berlín (1977) por la versión filmica de *Los albañiles*; cuatro Arieles para guionista (su guión más exitoso y controvertido fue el de *El crimen del Padre Amaro*, de 2002); el Premio Xavier Villaurrutia en 2000; el nombramiento en 2010 a la Academia Mexicana de la Lengua, para ocupar la silla que antes fuera de su protegido Víctor Hugo Rascón Banda, fallecido en 2008. En febrero de 2015 se lanzó el Premio de Dramaturgia Joven Vicente Leñero, programa idóneo para reconocer al que fue mentor de los muchos jóvenes escritores que pasaron por sus talleres de dramaturgia.

Para los lectores de *Latin American Theatre Review*, el Leñero que más hemos conocido y admirado es el Leñero dramaturgo, el de obras audaces en su contenido y en su propuesta escénica, obras experimentales, controvertidas, censuradas y a veces, hasta prohibidas. Con este Leñero aprendimos de la historia mexicana vista por el lente del teatro histórico-documental, uno que reveló verdades encubiertas por capas y capas de discurso oficial (*El juicio*, 1972, *Martirio de Morelos*, 1981); de la historia lejana de la conquista española atestiguada y anotada por un personaje del siglo XX (*La noche de Hernán Cortés*, 1992); de la corrupción política y la compra de la prensa en México (*Nadie sabe nada*, 1989); de la vida de mexicanos jóvenes que viven en un peligroso ambiente urbano (*La mudanza*, 1980). Nos entusiasmaba la manera en que Leñero hacía juegos espaciales y temporales con las estructuras dramáticas y la manera en que se avalaba de técnicas brechtianas, como los narradores que simultáneamente están fuera y dentro de la acción dramática. Nos fascinaba cómo Leñero creaba a la misma vez un tipo de hiperrealismo teatral combinado con lo irreal, y cómo nos desafiaba muchas veces con el habla tan local de muchos de sus personajes. Con el teatro de Leñero empezamos a entender mejor la relación dramaturgo/director en México, y nos deleitamos con la lectura de los dos volúmenes de *Vivir del teatro* (1983, 1990), en los cuales el dramaturgo narra con seriedad salpicada de picardía sus experiencias y conflictos con el aparato político/teatral de su país y con los directores que montaban sus obras. Leñero fue para toda una generación de estudiosos norteamericanos del teatro mexicano el material con que nos iniciamos y nos maduramos.

En lo personal, Vicente Leñero fue una persona muy querida. Lo conocí en 1983, cuando empezaba a investigar el teatro mexicano, y muy amablemente me invitó a su casa, donde compartimos un café en su magnífico estudio/biblioteca. Le llevé el manuscrito de un artículo que yo estaba escribiendo sobre *La mudanza*, obra que me había fascinado. Poco después, Víctor Hugo Rascón nos invitó a los dos al estreno de una obra suya en su tierra natal; disfrutamos el vuelo al Norte juntos y los días en la sierra de Chihuahua, donde pude apreciar la generosidad, la profunda humanidad y el magnífico sentido del humor de Leñero. Tengo otros recuerdos de él; por ejemplo, el de un día en Puebla durante un homenaje que se le hizo, sentados en un VIPS charlando, riéndome yo de sus cuentos; otra vez en Puebla, cuando hice un viaje relámpago para ver la puesta de *La noche de Hernán Cortés*; en Tijuana, cenando juntos y recordando otras ocasiones en que estuvimos horas hablando de todo ese mundo que era parte de su “vivir del teatro”. Y nunca me olvidaré de la noche cuando se hizo en el D.F. la presentación del libro *Lecturas desde fuera. Ensayos sobre la obra de Vicente Leñero* (Ediciones El Milagro/UNAM, 1997), una compilación mía de nueve ensayos escritos por académicos “fuereños”. Siempre he pensado que ese evento, que para mí fue un momento de gloria, para Leñero fue algo incómodo, casi penoso, ya que él siempre prefería no estar en el candelero; sin embargo, no dejó de venir y de darme la enhorabuena por el libro. Y esa gentileza se la agradeceré siempre.

No había visto a Leñero mucho en estos últimos años, pero siempre preguntaba por él. La última vez que lo hice fue un mes antes de su fallecimiento, a un amigo dramaturgo tijuanense, también gran admirador de Leñero. Me dijo que creía que estaba bien, pero tristemente, se equivocó. Me siento muy apenada al saber que ya nunca más volveré a ver a Vicente Leñero, que con su muerte toda una etapa de mi vida se ha cerrado, así como la de la vida cultural de México. Y me digo que sí, que de veras, ¡qué pronto se hizo tarde para Vicente Leñero y para todos los que lo conocíamos y apreciábamos!

Kirsten F. Nigro

The University of Texas at El Paso